XXVI Domingo del Tiempo Ordinario C

Parábola en tres actos

"Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y había un mendigo llamado Lázaro, echado a su portal, cubierto de llagas". San Lucas, cap. 16.

El autor del libro de Jonás, una especie de novela ejemplar del siglo IV a. C., llamó a su protagonista con un nombre que significa paloma y mensajero. Se trata de un profeta rebelde, enviado por Dios, que va de mala gana a predicar a Nínive.

En la parábola del rico y del mendigo, Jesús quiso llamar Lázaro, o Eleazar, que quiere decir "Dios ayuda". En el nombre de este personaje el Maestro resume la lección principal de su relato.

San Lucas muestra aquí sus buenas dotes de narrador, en una historia que podría ser llevada al teatro.

Acto primero: Un hombre rico se vestía de púrpura, tejido muy codiciado por su vistosidad. Y de lino, tela muy valiosa, pues había gran trabajo en fabricarla. Este banqueteaba espléndidamente, mientras a su portal agonizaba un leproso. La tradición perpetuó a este mendigo, llamando "mal de san Lázaro" a la lepra.

Extraña la presencia de este hombre a las puertas del poderoso, pues su enfermedad lo apartaba del común de la gente. Pero Jesús fuerza a veces las situaciones para refrendar su mensaje.

El evangelista resalta la incomunicación entre los dos personajes: El rico no tenía ni una limosna, ni una palabra, ni un gesto par aquel pobre. Solamente los perros del poderoso venían a lamerle las llagas.

El segundo acto, con admirable concisión, nos presenta la contraparte: Murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham, lugar donde gozan los justos después de la muerte. Murió también el rico y lo enterraron.

San Lucas señala una segunda forma de incomunicación, más cruel, pero consecuencia de la primera: El que antes era rico padece ahora en medio de tormentos. Y desde allí quiere poner a Lázaro a su servicio. Eleva el grito, pidiéndole al padre de los creyentes que envíe al antes mendigo, con una gota de agua que mitigue el ardor de su lengua.

Abraham, que hace de juez, deja escapar una palabra compasiva: Hijo. Pero enseguida añade: "Recuerda que recibiste bienes en vida y Lázaro males. Por eso él encuentra aquí consuelo, mientras tú padeces." Y advierte el patriarca que hay un abismo inmenso entre quienes no hicieron el bien y cuantos confiaron en Dios. Un abismo mayor que aquel entre la mesa abundante del potentado y el hambre del mendigo.

Viene aquí un tercer acto que recoge la apelación del rico: "Padre Abraham, te ruego mandes a Lázaro a casa de mi padre. Tengo allí cinco hermanos. Qué él les diga cómo no llegar a este lugar de tormentos".

Pero Abraham se sostiene en su dureza: Tienen a Moisés y a los profetas. Si de ellos no aprenden a socorrer a los necesitados, han endurecido el corazón. Tampoco escucharán a alguien que regrese del país de los muertos.

El telón cae lentamente, mientras los espectadores sobrecogidos nos miramos a los ojos. San Lucas, poco simpatizante de los bienes materiales, afiló su puma para entregarnos esta obra maestra en el género de las parábolas.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y